

Introducción a la poética de José Agustín Goytisolo

Goy P/0522

Debo confesar haber fracasado las múltiples veces que intenté hacer una selección de la obra poética de José Agustín Goytisolo. Yo llegué tarde a su poesía, cuando ya ésta había alcanzado plena adultez. Ahí radicaba mi mayor dificultad. No se trataba de escandir entre grano y granza, mucho menos de separar los residuos de escoria que aún la ganga del más puro oro acarrea. Se trataba de una delicadísima operación en la que había que separar ciertas partes esenciales de un organismo vivo, activo, fecundante, germinativo, en constante desarrollo sin siquiera estropear levemente su feliz estructura. Se trataba, además, de una obra a la cual desde el momento de nuestro primer encuentro con *Años decisivos* (1961) y *Algo sucede* (1968) frecuenté con asidua vehemencia. En estos años —treinta, para ser exactos— fui añadiendo a este compensador y gratificante hábito las sucesivas entregas de una poesía que ya en sus preludios daba fe de saber, y que situaba a su autor entre los mayores de nuestra generación, hállese de éste o del otro lado del Atlántico, sigan o no las rutas migratorias que van de Norte a Sur, de Oriente hacia Occidente, o viceversa.

Por la época en que todavía los poetas de nuestra generación nos entregábamos a la lectura de los modernistas norteamericanos —preferentemente a lo escrito por Ezra Pound y por T. S. Eliot— y a los poetas de la generación del '27 en su mayoría radicados en América —Alberti, Cernuda, Guillén y Salinas, a quienes José Agustín conoció personalmente y les rindió tributo sin olvidar a los muertos, García Lorca y Hernández—, se hacía evidente el empeño por establecer una continuidad entre nuestro quehacer actual y los clásicos de las líricas hispánica y norteamericana. No es posible llegar a Eliot sin haber antes transitado por predios de Walt Whitman o Emily Dickinson. Textos de Eliot y de Quevedo sirven de introducción a los primeros libros de José Agustín: *El retorno* (1955) y *Salmos al viento* (1956). Dos modos de encarar la realidad: la experiencia vital y la fabulación, es decir, la vida misma, el mito.

En *El retorno*, el sujeto lírico se centra en la ausencia de la madre, cuya identidad e imagen el poeta quiere recobrar mediante la escritura: *Toda tu larga sombra proyectada al futuro o Nosotros en secreto negábamos tu muerte / como se niega a un dios*. Uno de los temas más recurrentes en la poesía americana de este siglo, desde César Vallejo a Allen Ginsberg, por poner ejemplo, es el motivado por la muerte de la madre, mitad elegía, mitad canto de alabanza. Alguna vez me he sentido tentado a buscar las correspondencias entre *El retorno* y *Kadish* (1955), no sólo para establecer analogías y diferencias, sino para indagar en los mundos de sensibilidad y cultura que informan a ambos textos. Lo que sorprende y conmueve en los versos de José Agustín es la contención, la palabra siempre justa, aquella casi imprescindible, la que ocupa el espacio de la lágrima o el beso detenidos: *Yo junto al mismo río / te esperaba en el agua*. Versos transidos de una desoladora pulcritud en el sentir, en el decir: *Te volveré a mirar a sonreír / desde el borde del agua*. / *Sé lo que me dirás. Conozco el soplo / de tus labios mojados: / tardabas en llegar. Y luego un beso / repetido en el río*. La ilusión, el anhelo, la desesperación, la desesperanza, devolvían al río su continuo fluir heraclitano. No recuerdo en nuestros días pathos de tan desgarradora fijeza.

Su segundo libro: *Salmos al viento*, de irónico y sarcástico aliento, entre otros estudios, ha merecido un acucioso, agudo,

penetrante y esclarecedor ensayo de José María Castellet. Permítaseme una brevísima excerpta:

¿De dónde —se preguntarán algunos— saca esa sátira su gran sugestión poética? No sólo diría yo de la limpieza formal, del acierto en la selección de la métrica y ritmos, de imágenes, (*cuando el orgullo se refugió en las cuevas*), de adjetivos (*lamentón, ciego, posaderas bursátiles*). La sugestión poética de *Salmos al viento* viene, también, de su comprensión dialéctica de la vida.

«En cada viaje por Latinoamérica, trato de enriquecer mi lenguaje con los aportes de otros países, tan lejanos geográficamente, pero tan cercanos en lo cultural y afectivo. Me fascina encontrar expresiones que quizás a un puertorriqueño o a un boliviano les pasen inadvertidas, pero que son de un castellano que no se utiliza ya ni en la Península», nos ha dicho el poeta, quien además, afirma sentirse bastante cerca de la lírica latinoamericana, sobre todo de la hecha por sus contemporáneos, que le parece espléndida desde Huidobro a Cisneros. Él, como sus compañeros de oficio, expuestos a escribir en una lengua impuesta, ajena a los territorios por ellos habitados; una lengua que no es autóctona a vascos y quechuas, a catalanes y guaraníes, a gallegos y aztecas, a canarios y arahuacos, ha tenido que apropiarse de un lenguaje que al hacerse poético, a veces inventándolo, otras recreándolo, mediante la experimentación formal o recurriendo a las fuentes que originan una tradición literaria, los individualizan e identifican con sus respectivas literaturas. Tradición que evidentemente no desdén, por el contrario, se sirve de viejas matrices de metro y acentuación para vertir en ellas los materiales elaborados por el lenguaje de los tiempos que corren y que, sin duda, facilitan la comunicación entre contemporáneos. Sabe que el eneasílabo da un tono más íntimo y conversacional y es ese metro, con cuatro acentuaciones, el elegido para los tercetos que componen sus proverbiales «Palabras a Julia».

*Tu destino está en los demás
tu futuro en tu propia vida
tu dignidad es la de todos.*

En los pasos del cazador, el verso de arte menor, en diversas y variadísimas combinaciones, desde el tetrasílabo hasta el octasílabo, como un susurro o a toda voz, ya sea para arrullar, a solas, o para hendir el aire en coro de romería, entreteje una voluptuosa guirnalda, cuya concupiscente carnalidad, propia del magma del idioma, como una encantación, arroba. Poesía hecha de sí misma, tan antigua y actual como la palabra, la suya o la de otros, es posible que las trece estrofas de Wallace Stevens al mirlo surjan del mismísimo hondón universal, popular, que las tres de José Agustín:

*En el torrente
un silbo:
el mirlo.
En los arbustos
un ruido:
el mirlo.
En lo negro*

*naranja vivió:
el mirlo.*

Poesía para ser cantada, virtud que ha hecho popular a su autor. Sus poemas se cantan en ambas riberas del Atlántico. En el prólogo a esta gema cantáble, el poeta, entre otras disquisiciones sobre sus andanzas en tierras de La Mancha y de Extremadura, a caza de una liebre o de una perdiz escapadas de la evolución a que ha sido sometido el idioma castellano desde el día en que el primer manchego o extremeño se iniciara como cazador, cuyo abolengo nos remite a la Biblia, a las casas reales de España y a algunos de sus más ilustres escritores, José Agustín opone a la afirmación de Ortega y Gasset de que el hombre de hoy caza por buscar una forma de felicidad, su convicción de que lo hace para sentir una real y verdadera sensación de libertad... O sea, que el cazador es feliz porque se siente libre, y no por sentirse feliz. Tal conjetura acerca de la felicidad y de la libertad nos aproxima a una de las zonas más conocida y comentada de su poesía, aquella que se ocupa de su preocupación social. Poesía nada estridente, panfletaria o partidista que se desliza discreta y eficazmente en las páginas de *Bajo tolerancia* (1973) y *Sobre las circunstancias* (1983), suerte de selección de poemas de libros publicados o por publicar, *Taller de arquitectura* (1976) y *Del tiempo y del olvido* (1977), agrupados por temáticas y ciclos:

*Aunque los teletipos y la radio
y miles de carteles y periódicos
sigan con la noticia hasta cansarse
alguien —quizá los hombres humillados
de América y del mundo o los poetas
o el perseguido que cobija aún
a la esperanza como un niño enfermo—
alguien siente un rumor de noche a solas
que le impide dormir que va royendo
su pecho en inquietud entre las sábanas
un rumor apagado que persiste
en el sueño después cuando ya otorgan
reposo mas no paz los barbitúricos
y que no cesa y crece tal el ritmo
desbocado de un tren que se acerca
y entonces es cuando aparece ensangrentada
entonces es cuando lo que fue duda
retumba entre disparos y es certeza
y llega el sobresalto el despertar
entonces cuando vuelve ese fantasma.*

Bástenos este poema, revelador *in extensum* de lo que se ha dado por llamar poesía engagée, compromiso social del intelectual, concientización o interiorización de los procesos históricos o cualquier otra de las designaciones al uso o al abuso y que, en la voz de José Agustín Goytisolo responde a una profunda simpatía, diríase conmiseración, hacia la criatura humana, lo cual él disimula, o trata de hacerlo, bajo las sutilezas de una decantada ironía o, a veces, de un procaz sarcasmo: su modo de enmascarar la ternura. Algo similar hace con su lirismo, al emplear un discurso que bien podría corresponder al orbe de la noticia en la gaceta, la radio y la televisión, cuando el asunto lo exige. Entonces, abarcadora, semejante al implacable ojo de la cámara, su mirada sigue los movimientos de la mano, y su verso se extiende con las ondulaciones del versículo.

*Porque tú sabes que los utensilios y palabras que lanzan
de continuo almacenes y fábricas de T.V.
luego de señorear las calles y antenas y carteles
escalando y brillando en anuncios de neón
han llegado a tu casa como el repartidor de los periódicos
están en tu cocina o en tu baño
en tu memoria en tu conversación y en la de tus amigos
en los bares y el sueño*

Uno de los mayores méritos de la poesía de José Agustín, y ahí, radica su originalidad, es el uso de la metáfora. El cuerpo de sus poemas, en tanto unidad, está constituido por una metáfora en desarrollo, y no por una acumulación de símiles relativos al tema elegido. No es necesario enumerar ejemplos, cualquiera de sus poemas es una fehaciente demostración de lo antes expuesto, sin embargo tal novedad me obsede. De dejarme arrastrar por la tentación, estas páginas —cuyo sólo interés es el de provocar, en los lectores, el disfrute que a mí personalmente me produce la lectura de la poesía de José Agustín—, se poblarían de datos que sólo al crítico o al estudioso de una obra que está pidiendo a gritos una mayor difusión, una mayor atención, corresponde dilucidar.

Desde la aparición de *El retorno* hasta sus dos últimos libros *El final de un adiós* y *El rey mendigo* José Agustín Goytisolo ha ido pacientemente elaborando una obra que puede señorear entre las primeras de esos reinos del tiempo que comúnmente suelen llamarse siglos o períodos de oro de la lengua castellana. Súbitamente mi vieja aversión por los adjetivos y adverbios (algo que me ocurrió en la adolescencia), se resiente y deseo invocarlos a todos y cada uno de ellos para que me asistan a la hora de postrarme ante la catedral de la palabra y sirvan a la Palabra que por los siglos acompaña a este poeta para que no nos falte.

Si algo me pone en apuros cuando se trata de reunir en una antología a aquellos poetas hispanoamericanos, en general, o cubanos en particular, contemporáneos míos, es excluir a José Agustín Goytisolo. No creo que haya en nuestra lengua otro poeta, no nacido en América, tan identificado con nuestros asuntos, tan cercano a nuestra sensibilidad, a nuestra historia. «Mi bisabuela era de Trinidad, mi bisabuelo de Santiago de Cuba y mi abuelo nació en Cienfuegos, tanto mi bisabuelo como mis abuelos participaron en las guerras de independencia».²

«Yo catalán cubano en lengua de Castilla me siento ahora orgulloso más que nunca lo estuve / de mi hermosísimo apellido vasco.» Sean estos versos su carta de identidad y sean sus raíces cubanísimas las que nutran una obra que ya ha novelado en versos la vida de Lezama y se ha paseado por las calles de La Habana de Alejo Carpentier, que escribe boleros y sonetos, que quisiera «ser gato diplomado.../ en esta casa llena de muchachas / de libros de canciones de trabajo / casa de las américas mi chica / que ya lo tiene todo menos gato», ha declarado solemnemente:

Yo deseo morir

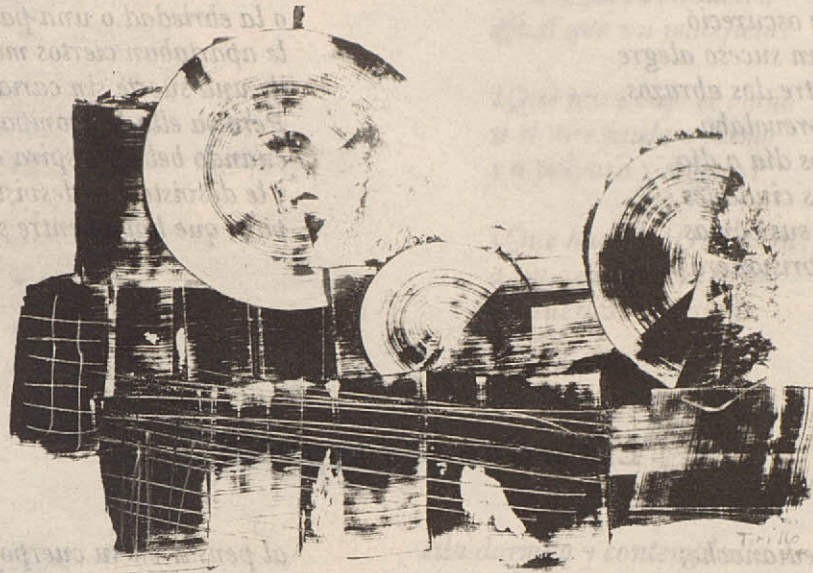
*en Cuba entre las piernas
de una mulata que
le dicen Pepa.*

Pablo Armando Fernández

¹Rodríguez Núñez Víctor. «Entrevista con José A. Goytisolo», *Caimán Barbudo*, La Habana, 1984.

²Idem

José Agustín Goytisolo



Se oyen los pájaros

*El alba. Se oyen los pájaros
como perdidos en la niebla;
el silencio sube sus cantos
a la penumbra de la estancia.
Él percibe un temblor muy fino
que estremece la piel que ama
dulce en su ensueño. Muy despacio*

*la va cubriendo con la sábana
por evitar que se desvele.
Pero unos brazos le envolvían
y se ciñeron a su cuerpo:
eternidad fue aquí lisura
miel y jazmín. Mucho más tarde
aún se oía el cantar de pájaros.*

Esa flor instantánea

*Miedo a perderse ambos
vivir uno sin otro:
miedo a estar alejados
en el viento en la niebla
en los pasos del día
en la luz del relámpago
en cualquier parte. Miedo
que les hace abrazarse
unirse en este aire
que ahora juntos respiran.*

*Y se buscan y buscan
esa flor instantánea
que cuando se consigue
se deshace en un soplo
y hay que ir a encontrar otras
en el jardín umbrío.
Miedo; bendito miedo
que propicia el deseo
la agonía y el rapto
de los que mueren juntos
y resucitan luego.*

Para que habite entre su luz

Todo en el mundo es luz y sombra
pero a él la sombra le seguía
más que la luz y oscureció
de igual modo un suceso alegre
que el reposo entre dos abrazos.
Ese aire gris sobrevolaba
sus pensamientos día a día
y le acosó por las ciudades
por los hoteles y sus camas
manteniéndolo prisionero

del insomnio y la soledad.
Sólo el humo de alguna hierba
o la ebriedad o una pasión
le apartaban ciertos momentos
de una suerte sin caridad.
Pero ya ella le acompaña
cuando bebe y respira el humo
y le desviste y se desviste
para que habite entre su luz.

El furtivo de los pasillos

El amante de medianoche;
el que esperó que ella volviera
cuando en su casa ya dormían;
el solitario de los bares;
el que pide habitación doble
en cualquiera de sus destinos;
el que tiene el corazón viejo
pero nueva la fantasía;
el que contó las campanadas

al pensar en su cuerpo ausente;
el que pone cara de cárcel
cuando se mira en un espejo:
es el viajero que no duerme
el furtivo de los pasillos
contemplando a su compañera
que sonríe mientras aguarda
una noche tan inefable
y tan honda como la muerte.

La noche le es propicia

Todo fue muy sencillo:
ocurrió que las manos

que ella amaba
tomaron por sorpresa
su piel y sus cabellos;

que la lengua
descubrió su deleite.
¡Ah detener el tiempo!

Aunque la historia
tan sólo ha comenzado
y sepa que la noche

le es propicia
teme que con el alba
continúe con sed

igual que siempre.

Ahora el amor la invade
una vez más. ¡Oh tú

que estás bebiendo!

Apíadate de ella
su garganta está seca

ni hablar puede.

Pero escucha su herido
respirar; la agonía

de un éxtasis

y el ruego: no te vayas
no no te vayas. ¡Quiero

beber yo!

El aire huele a humo

*¿Qué hará con la memoria
de las noches más claras
cuando todo termine?*

*¿Qué hacer si cae la sed
sabiendo que está lejos
la fuente en que bebía?*

*¿Qué hará de este deseo
de terminar mil veces
por volver a encontrarle?*

*¿Qué hacer cuando un mal aire
de tristeza la envuelva
igual que un maleficio?*

*¿Qué hará bajo el otoño
si el aire huele a humo
y a pólvora y a besos?*

*¿Qué hacer? ¿Qué hará? Preguntas
a un azar que ya tiene
las suertes repartidas.*

No hay retorno

*Ya terminó el dominio
de la noche
y un aire macilento
está aguardando
detrás de los cristales.
Se ha vestido:
ya recogió sus cosas
y ahora prende
un cigarrillo viudo.
De puntillas
camina hasta la puerta:
no se vira*

*ella dormita y contemplarla
duele.
Su cuerpo todo luz
saldrá a la luz
y él escapa sombrío.
No hay retorno
pues sabe que la muerte
le es propicia
y que nada varía
su derrota.*

